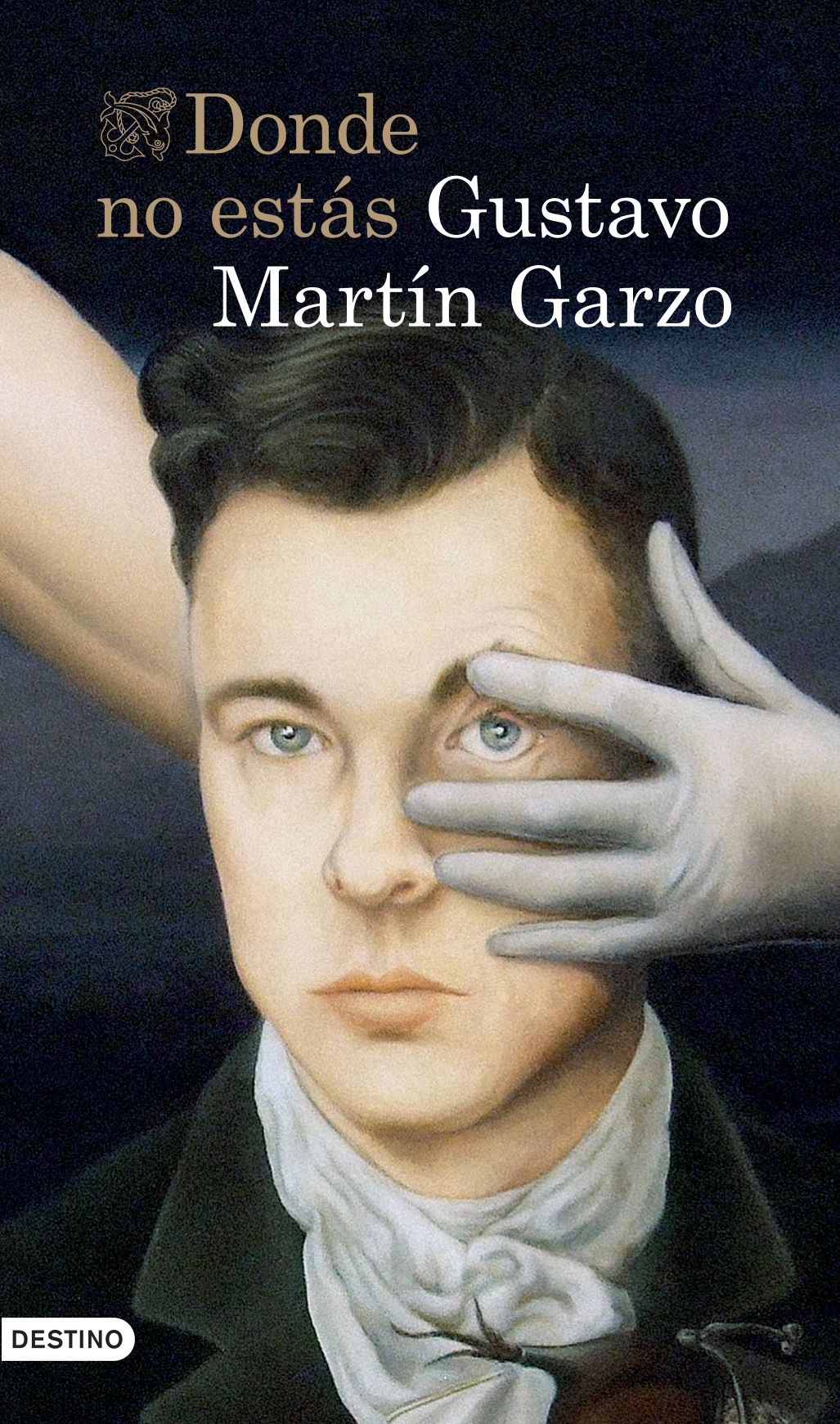
Donde no estás

Gustavo Martín Garzo



DESTINO

Donde no estás

Gustavo
Martín Garzo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1312

© Gustavo Martín Garzo, 2015

© Editorial Planeta, S. A. (2015)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2015

ISBN: 978-84-233-4881-7
Depósito legal: B. 26.603-2014
Impreso por Romanyà Valls, S. A.
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

He vuelto a ver a la Señora. Estaba al pie de la cama y la vi con la misma claridad que otras veces, ya que su cuerpo desprende luz. Recuerda la luz que se refleja en las aguas negras, la luz que hay en los pozos cuando tus ojos se acostumbran a la oscuridad. Una luz que nace de dentro, de lo más hondo, que tiembla y te obliga a mirarla.

En esta casa abundan los ruidos nocturnos. Crujen las tarimas del suelo, las puertas, las viejas cómodas y los armarios. Incluso cuando todos duermen, se oyen ruidos. Ruidos de pasos, de risas, pequeños golpes que no se sabe quién los da. La abuela asegura que son los espíritus de la casa, que no pueden descansar a causa de los pecados que se han cometido en ella, pero la verdadera causa es la humedad. La madera se hincha y se queja como si estuviera enferma, como si tuviera conciencia y recordara cosas. Cosas que tienen que ver con el paso del tiempo y que forman parte de un mundo anterior. Todos esos ruidos cesan cuando la Señora me viene a ver.

La Señora no habla. A veces hace gestos con las manos, trata de decirme algo en un lenguaje de sig-

nos que recuerda el de los sordomudos. Siempre viene de noche, cuando me quedo sola. No sé cómo entra en mi cuarto. Puede que lo haga a través de una puerta oculta, una puerta que sólo ella conoce y por la que entra y sale sin que nadie la vea. Una puerta secreta como la que lleva al cuarto que el tío Orestes mandó construir. El tío era hermano de la abuela, e hizo ese cuarto para espiar a su mujer. Era una actriz portuguesa a la que había conocido en uno de sus viajes. Se casaron y se instalaron en Madrid. Pero ella no quería renunciar a la vida que había llevado y en el matrimonio empezaron los problemas. El tío enloqueció de celos y para apartarla de todo aquello decidió arreglar la vieja casa familiar y regresar con su esposa al pueblo. No se conformó con eso, y mandó construir todo un mundo oculto de pasadizos y cuartos que doblaban la casa real, y por los que se desplazaba para espiarla. Hay uno de esos cuartos en el dormitorio principal, detrás del espejo, lo he visto con mis propios ojos. Fueron mis primas las que me hablaron de él. Según ellas, el tío se pasaba allí las horas muertas espiando lo que hacía su mujer, pues es uno de esos espejos que permiten ver desde el otro lado.

Mis primas pasan los veranos en Zarauz y, cuando mamá vivía, íbamos a verlas todos los años. Nunca vinimos al pueblo, y ésta es la razón de que no lo conociera. Llegué con la tía Joaquina en un taxi y, nada más bajar, me gustó cómo era. El cielo estaba lleno de vencejos que volaban de un lado para otro, y se pusieron a sonar las campanas anunciando la novena. Me dieron ganas de llorar porque me acordé de mamá. Ella siempre me decía que en ningún otro

sitio había sido más feliz que en este pueblo. Fue en Villalba donde creció con sus hermanas, la tía Joaquina y la tía Conchita, hasta que se hicieron mayores y la abuela las mandó internas a un colegio de monjas en Madrid; y fue aquí donde, años después, conoció a papá cuando tenía tres años más de los que tengo yo ahora.

Estas tierras no son ricas. Casi no hay agua y apenas se cultiva otra cosa que trigo, cebada y avena. Al atardecer, se ven los rebaños de ovejas regresar al pueblo. Son muy menudas y tienen el hocico y las patas negras. Los corderitos son preciosos, como sacados de una estampa. Muy cerca, se divisa el monte. El pueblo está situado en un alcor, que es como llaman aquí a las lomas que se elevan solitarias en el campo. Hay un castillo en ruinas y varias iglesias. Yo apenas conocía a la abuela. Mamá y ella no se hablaban, por algo que nunca me quisieron contar. Fernanda tampoco lo ha hecho cuando se lo he preguntado. Dice que son cosas que pasan, problemas que hay en las familias aunque todas disimulen. La abuela está ahora muy vieja y hay que traerla y llevarla en una silla de ruedas, pero en otro tiempo le tenían más miedo que a un nublado. Era la dueña de casi todas las tierras de los alrededores, y la gente venía a consultarle hasta los nombres que querían poner a sus hijos o con quién se iban a casar.

Este verano todo es nuevo para mí, como si empezara una nueva vida, una vida que no sé cómo será. Hoy he ayudado a Fernanda a sacar la lana de los colchones. Lo hacen todos los años por estas fechas. Hay que lavar la lana, ponerla a secar y varear-

la. Eso último lo hacen unas mujeres que pasan por las casas y a las que se paga con cuatro monedas. Utilizan varas de avellano, con las que golpean los vellones hasta que se esponjan.

Lo más bonito de aquí son las noches. El cielo se llena de estrellas, y me imagino que mamá está en una y me mira desde lo alto. Hemos puesto la lana a orearse en el patio, en dos montones que, a la luz de las estrellas, recuerdan montones de espuma. Me han hecho pensar en la Señora, que también parece flotar sobre las cosas. Es curioso, pero no me da miedo. Es más, deseo cada noche que vuelva, verla de nuevo en mi cuarto o en las escaleras del desván. Me pregunto por qué me mira así, qué quiere, por qué viene a verme. Y por qué los demás no la ven.

2

Esta semana no he tenido ni un momento de descanso. Al terminar con los colchones, fuimos a la panadería a hacer pastas. Hay que llevar la harina, los huevos y la manteca de cerdo, pues el panadero sólo te alquila el horno. Las mujeres hacen la masa y, mientras tanto, no paran de hablar. Hablan del ganado, de las enfermedades de sus familiares y conocidos, de sus hijos y de sus maridos. Son muy pobres y apenas tienen para comer, pero se ríen por cualquier tontería como las niñas en el patio de la escuela. Son muy amables conmigo y me enseñan qué tengo que hacer. El otro día sorprendí a dos de ellas hablando de mamá. Una le preguntaba a la otra que de las tres hijas de la abuela quién era mi madre, y ésta le contestó: la amiga de la loca. Le pregunté a Fernanda quién era «la loca» y me dijo que no lo sabía y que no perdiera el tiempo ocupándome de las habladurías de los pueblos porque cuando el diablo no tiene qué hacer con el rabo espanta las moscas.

Lo mejor de todo es que por fin tengo amigos. Es un grupo de chicas y chicos de mi edad. Suelen quedar en la plaza, al anochecer. Enseguida se forman

dos grupos: el de los chicos y el de las chicas, cada uno en su mundo, con sus pequeños secretos. Uno de los chicos se llama Ismael. Su madre tiene la pescadería del pueblo, y él va por las casas vendiendo el pescado, que pesa en una romana. Es muy simpático y siempre encuentra algo gracioso que decir a las mujeres para que le compren los chicharros o las sardinas.

Aquí dicen *parar quieto*, por *estarse quieto*; *no coge,* por *no cabe*; y en vez de *a ver si lo vas a tirar*, *a ver si lo caes*. Al farmacéutico le llaman *boticario*; al carnicero, *cortador*; y al veterinario, *albéitar,* que significa médico de caballos. Y todo el tiempo te están llamando *hija*. *Hija, haz esto; qué quieres, hija; ay, hija, todavía no sabes lo que es sufrir*. El otro día una mujer le decía a su vecina en la calle: *Caras vemos, pero corazones no sabemos*. Y yo pensé en la Señora, y en que ni siquiera podría decir cómo es su cara. Lo sé cuando la tengo delante, pero luego se borra de mi pensamiento como pasa con los seres que vemos en los sueños. No le tengo miedo. Es más, deseo que vuelva, me parece que sabe algo que tiene que ver con mamá, que sabe algo que sólo ella me puede contar.

La otra noche estaba muy hermosa. Sus labios eran muy rojos y su mirada ardía como si tuviera fiebre. Yo iba por el pasillo y, cuando me volví, estaba a mi espalda, mirándome. Parecía decirme: sólo vengo por ti. Enfrente había un espejo, pero su figura no se reflejaba en él. Fue extraño, porque estaba tan cerca que sentía su aliento helado sobre mi cuello. Pero miraba ese espejo y sólo me veía yo. Estaba sufriendo. Quería volver de algún lugar maldito y no podía hacerlo. Cuando se fue, me sentí muy sola. La casa

parecía tener su propia vida, como cuando mamá lloraba por las noches. Oía su llanto en la oscuridad y me acercaba a su cuarto. No sabía qué le pasaba, por qué sufría así. Me quedaba en la puerta y la oía gemir hasta que volvía a dormirse. Es extraña la pena. Te descubre lugares que no sabías que existían. Estaban ahí, en tu propia casa, y aunque pasabas a su lado no reparabas en ellos. Hasta que un día los descubres. Pero ¿por qué entrar en ellos si, encuentres lo que encuentres, no podrás hacer nada?

Por la mañana, me levanté sin fuerzas. La melancolía se había adueñado de mí, y oscuros pensamientos se abrieron paso en mi mente. Me sentía muy triste, pero llena de dulzura. No quería aceptar que me encontraba mal, no quería hablar con la tía o con Fernanda, contarles que la Señora me visitaba. Pensaba que si hablaba de ella no volvería.